

LA REVOLUCION Y LA JUVENTUD

POR IGNACIO GARCIA TELLEZ

¡Juventud y Revolución marcan dos etapas de pujanza extraordinaria en la vida de los hombres y de los pueblos, avanzadas indómitas en actitud heroica; son albores fulgurantes de tiempos nuevos, toques de clarín con gesto bélico!

Su caminar es incierto, no saben siempre a dónde llegarán, las mueve su inquietud, su descontento, su tormenta interior. Marcan escalas de alucinación entre un instante que se va y otro que llega, porque la juventud cargada de utopías no ha sentido la amargura de los desengaños, y la revolución, que es despertar del letargo de toda esclavitud, amanece siempre con la aurora de las redenciones.

La Revolución y la juventud, germen de personalidades en embrión, lo mismo de los individuos que de las sociedades del devenir, avanzan cubiertas por el manto común de su pureza, y como es tan abundante el caudal de los sacrificios, de sus faltas no queda lacra; mas como ni la juventud es perdurable ni las revoluciones eternas, sino preparación para la madurez, que es edad de equilibrio en los organismos como en la colectividad, hermanemos la obra de nuestra Revolución mexicana con los problemas de nuestra juventud, y al entregarla con devoción, dispongámosla a proseguirla íntegramente.

Toda verdadera revolución significa un cambio fundamental, es precedida por un estado de descontento general, implica un esfuerzo violento, desesperado, hacia la desaparición de las desigualdades que hacen insoportable la existencia. La revolución no es sólo la sustitución de los encargados del poder, señala una nueva concepción de las finalidades de la vida, del Estado y aun de la humanidad.

No hay que condenar a las revoluciones por el juicio que de ellas nos formamos en las fases caóticas de los tremendos sacudimientos populares, cuando las masas impotentes para conseguir dentro del orden, por medios pacíficos o persuasivos, la transformación del régimen que los ahoga, se convierten en tormenta desencadenada, en ola de rabia y de venganza que, en el paroxismo de la revancha,

todo lo arrasa e inunda, como si no tuviese más propósito que el desorden y la destrucción. No, las revoluciones son, como dijera un polemista mexicano: "una causa humanitaria santa, de esplendores filosóficos y místicos, de empuje progresista, de fines redentores que eliminan de la sociedad instituciones caducas, rancias costumbres, vicios profundos, supersticiones absurdas, viejos privilegios agonizantes y errores criminales".

El eterno grito de los pueblos por la libertad, la igualdad y la fraternidad, ha sido el ariete formidable con el que se han derrumbado los más sólidos sistemas de gobierno. Lo mismo cayó el poderoso imperio de los césares romanos al empuje del cristianismo que pedía la supresión de la esclavitud, la pureza de las costumbres y la fraternidad universal, frente a la opresión, venalidad y corrupción del ejército de los Escipiones, del Tribunal de los Papinianos y del cetro de los Augustos. Igualmente principia la desaparición del régimen feudal desde que los enciclopedistas del renacimiento, como Bacon, Galileo, Decartes y otros hombres ilustres que con la luz de la razón científica minaron en sus cimientos el dominio del señor feudal sobre su vasallo y los dogmas de la verdad revelada.

La Revolución Francesa, derrocadora del Gobierno absoluto de la monarquía de los Luises, dogmatizó con Locke y Rousseau la libertad natural y proclamó con Montesquieu, Voltaire y Condillac el principio de la soberanía popular frente al derecho divino de los reyes, que los ungía como sagrados, infalibles y absolutos. Eran dueños de la vida y bienes del pueblo, no tenían que dar a nadie cuenta de sus actos.

No se detiene la humanidad en su ascensión, e inconforme con las conquistas incompletas, comprende que no saldrá de la esclavitud y del servilismo, por más que se hayan derribado los castillos feudales y las testas coronadas, mientras las posibilidades económicas no estén al alcance de todos y la acumulación de la riqueza siga, como en tiempo de los césares y príncipes, en manos de clases privilegiadas que persiguen la explotación de la energía humana y consideren al trabajador: cosa mueble por ser esclavo, siervo del señor o máquina sin espíritu.

Los más trascendentales movimientos sociales de nuestra patria son en esencia contiendas por la dignidad humana y la libertad espiritual y económica del mexicano. La guerra de Independencia no fue provocada por los misioneros apostólicos que, como Motolinía, Las Casas y Vasco de Quiroga, levantaron su voz en defensa de los indios y anatematizaron las encomiendas, el penoso trabajo de los mismos y pidieron su libertad. No fue contra los consejos humanitarios de la reina Isabel, que en su postrer momento recomendó la ayuda bondadosa para los indios; tampoco contra la intención

protectora, pero incumplida, de las Leyes de Indias, ni contra el trato paternal de virreyes como los Mendoza, Velasco y Revillagigedo, sino contra el mal gobierno de la Colonia, de alcaldes, caciques y encomenderos.

Los naturales, dice el Pensador Mexicano: "víctimas de la pobreza, la injusticia, la prostitución, el fanatismo y la ignorancia, se levantaron contra una oligarquía de abarroteros y terratenientes y al influjo de las ideas del siglo reclamaron la conservación de las riquezas de las provincias y un gobierno propio de los nativos, para los que deseaban recuperar el cetro arrebatado a Cuauhtémoc".

Estos fueron algunos de los motivos que alentaron a los insurgentes y que fueron tomando forma en las constituciones de Apatzingán y del 24, mas se mantuvieron en ellas los fueros y privilegios que desde la época colonial venían creando un malestar cuyos inconvenientes no eran exclusivos a nuestro país, pues ya habían sido señalados en Europa por los reformadores y enciclopedistas y hasta en la misma España habían obligado a Carlos III y a Carlos IV a expedir cédulas reduciendo sus cargas y estimulando la circulación de los bienes. El programa de la Reforma, iniciado por Gómez Farías en 33 e integrado por Juárez y Lerdo en 56 y el 60, no concluyó en su fase jurídica sino con su elevación en el 73 al rango de constitucional; con él se avanzó en la libertad del pensamiento, en seguridad para el poder temporal, en liberación para las clases pobres y en la desamortización de más de la mitad de los bienes raíces.

La Reforma no fue un movimiento que pretendiese imponer dogma alguno religioso, ni combatir las enseñanzas del Maestro de Galilea, que anatematizó a los ricos avarientos, defendió al necesitado, exigió comer el pan con el sudor de nuestro rostro y consagró su vida al bien ajeno. Los reformadores, como Juárez, Ramírez, Degollado, Prieto, etc., fueron santos laicos que oficiaron en el altar de la patria.

La Revolución iniciada en 1910 por el Presidente mártir, fue, en sus comienzos, un movimiento de libertad política, es decir, un nuevo reclamo de las masas ciudadanas a gobernarse por sí mismas, y posteriormente concretó postulados esencialmente económicos al revelarse los graves problemas que se agitaban en su fondo. Inútil era que los mexicanos tuviesen un gobierno que se titulase democrático, si el pueblo era burlado en los comicios; ¿de qué servía una Constitución que garantizase las libertades, si éstas sólo existían en la letra de la ley? ¿De qué los bienes de una República, si la injusta distribución de ellos mantenía al operario en un estado de miseria y de ignorancia; de qué el trabajo honrado, si las ambiciones legítimas eran asesinadas por disolventes, como aconteció

en Cananea y en Río Blanco? Podía repetirse en 1910 la catilinaria que hace siglos pronunciara Tiberio Graco en contra de los extorsionadores romanos, cuando exclamaba: "por lo menos los animales silvestres de Italia tienen sus guaridas, y los hombres que vierten su sangre por ella no poseen más que la luz y el aire que respiran y se les ve vagando sin casa ni hogar. Los llaman señores del mundo y no son dueños de la tierra que pisan". ¿De qué servía que el país apareciese floreciente, ufanado con la admiración del extranjero, si con la pobreza de los de abajo contrastaba la regalada opulencia de una aristocracia lujosa y de una diplomacia decorativa? La Revolución reclamó una más justa distribución de la riqueza por la desaparición de los latifundios y la devolución a los campesinos de los 69 millones de hectáreas arrebatadas a los pueblos a pretexto de deslindes. Más de un millón de jefes de familia campesina han recibido ejidos y queda aún a los propietarios más del 88% del área cultivable. El crédito y la irrigación tendrán que derramar sus prodigios beneficios. La Revolución incluyó en su programa la dignificación de las clases trabajadoras por la debida valorización del esfuerzo humano y les reconoció también el derecho para organizarse y obtener una compensación equitativa.

La Revolución, comprendiendo que la eficacia del régimen democrático no descansa en la igualdad de oportunidades para alcanzar el poder, sino en el ingreso de los mejor capacitados, ha procurado la elevación económica y cultural de las clases indígena y mestiza, para que, unidas por una misma conciencia colectiva, impriman al Estado la realización de sus comunes aspiraciones.

Deseosa la Revolución de asegurar nuestra independencia económica, ha iniciado la reconquista de nuestras riquezas y cumplirá su obra organizando su explotación, así como nuestra producción agrícola e industrial dentro de la técnica más perfecta y la implantación de las formas que permitan la socialización de la propiedad y de los medios de disfrutarla. Con ello logrará indudablemente hacernos salir de la situación de tributarios de la gran producción extranjera, la que con sus bajos precios y abundantes manufacturas explota a la masa consumidora, apropiándose de nuestros mercados para beneficio de los capitalistas de fuera y ruina de nuestro país. Indispensable coronamiento de esta obra de emancipación material es la tendencia socializadora de la cultura que se propone la difusión de la escuela a los más lejanos rincones del territorio, dando a todos iguales posibilidades educativas en relación con sus necesidades y no con el privilegio de clases aristócratas. El maestro, en contacto con el medio que lo circunda y sus manifestaciones espirituales y económicas, trata de perfeccionar la orientación educativa, haciendo de la escuela el laboratorio de la futura vida mexicana y del obrero, manual e intelectual, un capacitado especialista al mejor servicio

de la nación. La Revolución, sin apartar su mirada del mundo que la rodea, ni de su posición en el Continente, ha fincado sus más ardientes ilusiones de progreso en la rehabilitación de los vigorosos atributos de su raza secular, suprimiendo los abismos de miseria y de ignorancia que alejaban de la civilización a millones de naturales, y anhela forjar en un abrazo de identificación de todos los núcleos étnicos mexicanos un solo cuerpo social, poderoso y homogéneo, en el que se temple el nervio y vibre el alma estética de las generaciones ancestralmente postergadas.

¿Que las administraciones derribadas han tenido grandes aciertos y que en las revoluciones ha habido errores, deslealtades y que aun falta mucho por hacer? ¿Quién lo ignora, ni lo niega? Si no ha habido revolución como obra humana, por más grandiosa que sea, que no los haya tenido, ni consumado desde luego su programa. La juventud de hoy recibe de las generaciones pasadas un Estado en poder de mexicanos, respaldado con fuerzas materiales y morales, y un pueblo con fe en sus destinos, con confianza en sí mismo, que se encamina hacia el afianzamiento de su personalidad. Obligación es de la juventud continuar y completar la obra. ¿En qué condiciones se presenta en escena? ¿Bajo qué normas sujetará su conducta? La juventud actual que no tiene el recuerdo vivo y fresco de las injusticias de regímenes pasados que fueron en sus postrimerías gobiernos de apariencias institucionales en manos valetudinarias, estrechados por círculos de amigos que desconfiaban de toda manifestación de virilidad. Tiene esta juventud, además de la inquietud innata a un cuerpo y a un espíritu en formación, los atributos de una raza de excesiva emotividad, propensa a ensoñaciones fantásticas.

Cuando debiera formarse un juicio exacto de los verdaderos motivos que han provocado los cambios de hombres, intereses e ideas durante la etapa revolucionaria, su espíritu se debate entre el chocar de las facciones, la censura íntima del hogar, la educación neutral de la escuela y la crítica intransigente o acomodaticia de cierta prensa, así como en otras fuentes de opinión que se han mantenido a la vera de la Revolución y en las que ésta no ha podido ser aceptada, ni mucho menos justificada. Cualquier psicólogo explicará la tortura de las almas jóvenes si a estos factores nacionales, modeladores de su conducta, agregamos el efecto transformador de las aberraciones de la civilización contemporánea y la impresión de las tremendas sacudidas sociales producidas en todos los órdenes por la lucha encarnizada entre el individualismo y el colectivismo. Asistimos a un instante en el que parece que el fiel del equilibrio social se ha vuelto loco y se ha perdido el centro de gravedad, al igual que se tambalean las más firmes estructuras morales al arrastre de la corriente de un materialismo corrosivo que lo mismo relaja

la pureza de las costumbres y la honestidad de las administraciones públicas, que amenaza la paz internacional, ya que el éxito inmediato y la máxima utilidad no entienden de la suprema realización de la vida por la verdad, la bondad y la belleza.

¿Qué camino seguir? ¿Cómo prepararse para que la juventud no deje interrumpido el proceso de nuestras revoluciones? ¿Cómo, en fin, emplear la vida para ser capaces de merecerla?

La mocedad, que es fuerza mantenedora de un optimismo creador; que no siente el apego a los intereses creados que atan y estratifican; que se mantiene limpia y libre aun de la corruptora venalidad, para hacerse digna de recibir la herencia de un pueblo batallador y progresista, debe defender a toda costa la fortaleza de sus energías morales, y, en constante depuración interior, conservarse siempre dispuesta a los renunciamientos y a prodigarse en toda causa que tienda a las más excelsas actitudes éticas, forjando al mismo tiempo su voluntad para la acción titánica, disciplinada, metódica, modesta y perseverante; que no conozca desmayos ni entienda de frivolidades ni de cobardías; que permita, en no lejano tiempo, hacer de la rebelde muchachada de hoy, hombres íntegros, de carácter resuelto. La juventud de esta época, cogida en las redes de una civilización en muchos aspectos mentirosa, no puede desentenderse de su elevación cultural, de su más completa capacitación técnica y de su más alta preparación científica, porque el mundo se ha vuelto esclavo de la ciencia: ni los campos fertilizan, ni los talleres se mueven, ni se progresa en la paz, ni se combate en la guerra, sin que el genio, al arrancar a la naturaleza sus más recónditos secretos, haya extendido por todos los rumbos los más perfectos sistemas. Es un deber para todas las categorías sociales superarse constantemente, mejorarse sin cesar y correr en busca de la última verdad, no para guardarla como un tesoro escondido, sino para ponerla al servicio del pueblo, porque si los frutos maravillosos del cerebro han sido empleados como maléfico medio de destrucción de la humanidad y convertido al hombre mismo en un átomo inconsciente de un maquinismo que ejerce su imperio sobre millones de esclavos, que consumen el fuego de su existencia en la hoguera de ambiciones insaciables de unos cuantos monopolizadores de la riqueza atacados del delirio de la expansión mundial, esto sirve sólo para patentizar que ni el oro, ni el poder, ni la ciencia son respetables cuando se les emplea como instrumentos de dominación y verdugos de las libertades.

El privilegio de la cultura, cuando es recibida a expensas de una masa proletaria, no debe ser para exclusivo provecho personal, ni para crear una casta de super-hombres manejados por la burguesía

capitalista o entregados a la vida parasitaria y que en ocasiones se disfrazan de pitonisas malélicas para halagar y explotar las ambiciones bastardas de pretorianos ignorantes. No, las clases estudiosas deben borrar toda distinción denigrante entre obreros intelectuales y obreros manuales; deben hacer desaparecer todo alejamiento infundado entre las clases directa o indirectamente productoras, y asumir, estrechamente unidas, una misma posición frente a los problemas trascendentales del país. Deberán también proceder con conciencia de clase y con espíritu ágil y dispuesto a abandonar toda actitud pasiva, toda neutralidad egoísta, frente a las grandes agitaciones populares. Poseedora de sus altos destinos y de su papel de dirigentes, se entregarán a la obra: sin odio, que es virus de impotencia; sin armas fratricidas y con propósitos de concordia nacional y sin caer en transacciones vergonzantes deberán llevar como estandarte el evangelio de las redenciones proletarias. Al continuar la brega por el cumplimiento de los postulados revolucionarios dentro de las normas institucionales, deben recordar constantemente que la destrucción de nuestra riqueza, el debilitamiento de nuestra población, la desunión de la sociedad, las desintegraciones del territorio, así como el sacrificio de talentos exquisitos y energías heroicas, han sido los más preciados dones perdidos en el torbellino de nuestras constantes discordias intestinas. Hará también obra de paz universal, combatiendo a los que pérfidamente invocan el derecho y la libertad para la defensa de sus despiadadas intenciones de lucro y de dominación, con menosprecio de multitud de vidas exuberantes y útiles, consumidas en guerras injustas.

Todos los que tengamos fe en el porvenir, conservémosla también en la juventud, pues sin ella quedaría suspendida la obra de nuestros antecesores, y por falta de continuadores gallardos, sus sacrificios habrían sido estériles y su recuerdo pasaría a la historia sólo como una de tantas páginas que cantan la epopeya de nuestras desgracias. Tengamos la seguridad de que la juventud estará a la altura de su deber para recibir con dignidad el decálogo de las redenciones de nuestras agobiadas masas trabajadoras, y que, con la visión de una patria grande, tratará con mano amiga a las viejas stirpes que le ofrecieron de sus ubres las savias iniciales, pues si bien es inconveniente repudiar toda herencia social, nada hay más funesto que apuntalar derrumbamientos de culturas decrepitas y resucitar supersticiones de agonizantes abuelos. Convirtámonos en adalides de la justicia, y con cerebro claro y mano firme, estemos siempre alertas para romper las cadenas que atan a los menesterosos y a los humildes para ultraje de los más altos fines de la humanidad.

Revolucionarios y jóvenes, unidos todos, pensemos con Rodó:
"que la creación mejor es la que se realiza sin las impacencias por